

Extinciones de lo social: globalización financiera, crisis de la democracia y emergencia del individualismo contemporáneo

Esteban Dipaola

Universidad de Buenos Aires, Argentina / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Resumen

El artículo reflexiona sobre las transformaciones de las sociedades capitalistas a partir de la emergencia del modelo global financiero, y sus incidencias en lo social y en los procesos de individualización. El objeto es el individualismo contemporáneo pero evaluándolo como un proceso histórico. Para esto, primeramente se atiende a la cuestión de la globalización y las conversiones en el modelo de acumulación del capital, se sigue con un desarrollo de los procesos de desinstitucionalización e individualización y la consecuencia del individualismo contemporáneo y el "fin de lo social", para finalmente extraer una serie de inquietudes sobre la vida y los procesos de extinción. El abordaje que mantiene el análisis es sociológico, con un severo anclaje en las perspectivas contemporáneas de la teoría.

Palabras clave: globalización; desinstitucionalización; individualismo; capitalismo; extinción.

Abstract

The article reflects on the transformations of capitalist societies from the emergence of the global financial model, and its impact on the social and individualization processes. The object is contemporary individualism but evaluating it as a historical process. For this, the issue of globalization and conversions in the capital accumulation model are first addressed, followed by a development of the processes of deinstitutionalization and individualization and the consequence of contemporary individualism and the "end of the social", to finally extract a series of concerns about life and the processes of extinction. The approach that maintains the analysis is sociological, with a severe anchorage in the contemporary perspectives of the theory.

Key-words: globalization; deinstitutionalization; individualism; capitalism; extinction.

Resumo

O artigo reflete sobre as transformações das sociedades capitalistas a partir do surgimento do modelo financeiro global e seu impacto nos processos sociais e de individualização. O objeto é o individualismo contemporâneo, mas avaliando-o como um processo histórico. Para isso, aborda-se primeiramente a questão da globalização e das conversões no modelo de acumulação de capital, seguida de um desenvolvimento dos processos de desinstitucionalização e individualização e a

consequência do individualismo contemporâneo e do “fim do social”, para finalmente extrair uma série de preocupações sobre a vida e os processos de extinção. A abordagem que mantém a análise é sociológica, com forte ancoragem nas perspectivas contemporâneas da teoria.

Palavras-chave: globalização; desinstitucionalização; individualismo; capitalismo; extinção.

Introducción

La globalización se ha convertido en un universo de urgencias, las consecuencias de sus cada vez más continuas crisis alteran las perspectivas de la vida social inhabilitando las posibilidades de objetivar el futuro, es decir, de imaginarlo como un proyecto y un objeto a partir del cual decidir acciones y relaciones. Cuando se desobjetiva el futuro se ingresa en la inmediatez del tiempo, y lo que impera es la urgencia, que además se presenta con sus premisas de indeterminación y sus cualidades de incertidumbre.

Por esto, cabe preguntarse ¿qué espacio queda para la emergencia entre tantas urgencias? ¿Cuál es la posibilidad de atesorar fenómenos emergentes entre la inmediatez que demanda el rápido lapso de las acciones y de las relaciones? La urgencia como relación objetiva con la realidad invalida la proyección y desajusta las experiencias de los individuos en su relación con las perspectivas más o menos lineales de la temporalidad. Más todavía, ante la urgencia los individuos restringen el lazo con la alteridad y esto es crucial para comprender condiciones y expectativas de la vida social en el presente: las personas en contextos de urgencia se desprenden de las lógicas solidarias y colaborativas o asociacionistas del lazo social, quedando por fuera de los regímenes de responsabilidad institucional que ordenan una comunidad.

Esta pérdida de registro del lazo con el otro reduce la práctica social a lo inmediato, induciendo cualquier decisión de acción a motivaciones individuales y sin ningún sentido orientado a la normativa regular de un orden social. Esta característica del presente expresa particularidades de una situación donde no se reconoce reglas comunes y continuas de interacción y la valoración de la relación social se hunde en la forma del instante y en la moral personal sin referencia a la experiencia conjunta.

De esto que aquí se enuncia se desprende un primer punto a considerar para exponerlo en su generalidad, tal es los efectos de la globalización, y más precisamente la incidencia de estos efectos en la declinación de las regulaciones políticas de lo social. Efectivamente, lo político ha entrado en contraste con lo social, y esto debe ser evaluado en un criterio sociológico atendiendo a las consecuencias del orden global. Este orden supone, en el marco de las condiciones de la acumulación capitalista en el presente, que el capital se produce como forma ajena y extraña a las acciones y expectativas de relación política y social en una comunidad, y la consecuencia fundamental de esta situación es la despolitización y desideologización del capital, que, a su vez, emerge como principal explicación de la retracción del Estado en su capacidad de sostener en el tiempo políticas de regulación de los capitales y distribución de la riqueza en la sociedad.

Otra condición emergente y de carácter fenomenal, en el sentido de que se produce como un fenómeno regulador de la vida social en el tiempo presente, es la consolidación de un individualismo que contiene la particularidad determinante de referir a la relación social desde la sustracción. Esto último que se afirma significa que el individualismo ya no aparece como una práctica posible de la relación social en una comunidad, es decir, que alguna persona pueda realizarse a partir de actitudes individuales que a posteriori son solicitadas o demandadas a la relación social de pertenencia, sino que la condición primaria del individualismo en la actualidad es que tiene el carácter de fundación de la relación y su efecto es la prescindencia de una

posición ante el otro para definir la acción social. Por esto mismo, conviene en las perspectivas sociológicas contemporáneas sostener la concepción de acciones morales más que la clásica de acciones sociales.

Finalmente, un emergente a considerar es la formulación de una idea o concepción de la vida. Si las doctrinas liberales tradicionalmente definieron la vida como una propiedad intrínseca del sujeto, sin embargo, desde las declamaciones actuales de tales doctrinas se justifica la vida en sus condiciones extractivas. Es decir, asistimos a una formación social global que resuelve en el extractivismo de recursos naturales y vitales, pero también de las propias vidas humanas, las potencias de acumulación del capital. Esto explica que si las “consecuencias de la modernidad” (Giddens, 2008) implicaban el pasaje de la regulación social industrial a los signos de riesgo y de catástrofe propias de la “modernidad reflexiva”, más todavía en la actualidad las consecuencias del modelo global-financiero exponen el traspaso de una sociedad del riesgo a la sociedad de la extinción (Berardi, 2022).

Sobre estas cuestiones preocupa desarrollar y analizar desde las perspectivas de la teoría social contemporánea en este artículo, concentrándonos especialmente en la problemática del individualismo como emergente primario de una situación que revela incertidumbres acerca de las posibilidades y modalidades de la vida social en el futuro. Para ello concentraremos la atención en las cuestiones del modelo de globalización y sus efectos sobre lo social, para exponer las condiciones propias de lo que defino como *individuo contactless* y *extinción de lo social*.

Contexto y transformaciones del capitalismo global

En estos últimos años se ha propuesto la categoría de nueva normalidad para identificar una serie de sucesos que arribaron conjuntamente con un fenómeno extraordinario, tal como se definió a la pandemia por el virus SARS-CoV-2.

Una primera indicación a este respecto es que esa nueva normalidad no es tal si la contemplamos en sus referencias socio-históricas; y otra cuestión es que la calidad de extraordinario no define a las condiciones de la pandemia, al menos si pensamos en la formación de un modelo global que abona un terreno para la difusión de enfermedades, objetos, mercancías, personas, etc. La pandemia comenzada en el año 2020, en este aspecto, puede señalarse como el efecto directo de los flujos de la globalización contemporánea.

En el primer aspecto conviene considerar que los fundamentos de formulación de la idea de nueva normalidad consisten en evidencias propias de la asunción del modelo de acumulación con prevalencia en lo financiero del capitalismo, y que puede circunscribirse a medio siglo de existencia. En nada es exclusivo de la pandemia la producción de subjetividades por fuera de las referencias simbólicas estables, la regimentación de controles sociales mediante dispositivos tecnológicos, la ampliación de la disponibilidad de la fuerza de trabajo por el desarrollo tecnológico, la aceleración del tiempo vivible en lo cotidiano y su mayor extracción de recursos por ello. Además, las cuestiones que pueden indicarse como propias de la pandemia se describen más bien como coyunturales y como desprendimientos de las mencionadas, como por ejemplo pueden anotarse los aislamientos y distanciamientos preventivos, la

desregulación de los horarios laborales a partir de la función del teletrabajo, las retracciones del contacto personal, etc.

Es relevante considerar estos aspectos para formalizar inscripciones que expliquen las incidencias de fenómenos que constituyen el carácter del capitalismo en esta singular etapa global.

Si bien puede decirse que en tanto modelo de intercambio y de acumulación que exige una circulación de mercancías constante y rápida, el capitalismo fue desde siempre global, en los últimos, al menos, cincuenta años este carácter cobró singularidades específicas. La globalización se convirtió en un agente con capacidad de desregular las funciones y referencias simbólicas fundamentales de los Estados-Nación, y con ello de destitución de la propia idea de sociedad como referencia estable de la convivencia de los individuos. En otros términos, la globalización en el tiempo contemporáneo fue la encargada de desacralizar el lazo social y ese es el emergente constitutivo de la vida en el presente.

Es posible y correcto sostener que lógicas y prácticas individualistas existieron siempre, y más aún, puede caracterizarse al período de la modernidad industrial de la primera mitad del siglo XX como una época en la que el individuo se emancipó de tradiciones formativas para realizarse en su carácter más propio, forjando así la figura de la intimidad en su sentido moderno (Giddens, 2006), sin embargo, aquel individualismo si presentaba una enfatización del sujeto no estaba, de todos modos, desprendido de las inscripciones simbólicas e institucionales que ordenaban sus relaciones en la sociedad. Esto indica que las instituciones fundadoras del lazo social mantenían sus instancias coercitivas y la integración social por socialización estaba asegurada.

En el presente esto no ocurre de la misma forma y lo que ahora se ha formulado como nueva normalidad es, concretamente, un proceso histórico que ha desarrollado distintas referencias para los individuos que fluctúan en sus esporádicas inscripciones entre socialidades cada vez más abiertas e inestables (Maffesoli, 2005).

Emergencia del modelo financiero y crisis de la sociedad industrial

El modelo global que actualmente vivimos se distingue de la modernidad industrial no solamente en las características de la acumulación, sino además en toda una reorganización de las narrativas de socialidad.

En el primer punto, la acumulación dejó de sustentarse en la producción industrial o manufacturera y se concentró en los activos financieros. La financierización de la economía condujo a su vez a una financierización de la política y de todo el conjunto de la vida social. Esto determinó que las tasas de rentabilidad del capital se desplacen hacia el mercado de créditos y finanzas, provocando el quiebre fenomenal de industrias y fábricas y el deterioro de las capacidades organizativas de la fuerza de trabajo. Un desplazamiento de la inversión hacia los servicios y los activos financieros, desprendió la relación entre el crecimiento del capital y la fuerza de trabajo, conformándose un capitalismo global hiperconcentrado y que puede prescindir de la función del trabajador para la formación de riqueza.

Una redistribución fenomenal emergió con la conversión del modelo de acumulación, favoreciendo una concentración del capital sin antecedentes. Es Thomas Piketty (2015) quien señala que en la transición las tasas de distribución fiscal no fueron ni justas ni eficientes, esto es, no resolvieron injusticias distributivas procurando disminuir las desigualdades, pero tampoco redundaron en crecimiento económico para las naciones. La consecuencia ha sido el advenimiento de crisis especulativas continuas que, a su vez, promovieron mayor índice de concentración.

David Harvey (2008) describe esa transición denominando el pasaje de una “acumulación rígida”, sustentada en la producción en serie de la industria con intervención estatal y sindicalización, lo que promovía un eje virtuoso entre producción y consumo, a una “acumulación flexible”, ya no centrada en la producción industrial y sí en los servicios y en la dinámica de la valorización del capital financieramente, provocando un deterioro de la organización obrera, tercerización del empleo, crisis cada vez más profundas de desempleo y caída progresiva de salarios, conducida, además, por un descrédito institucional y de las capacidades de resolución por parte de la política de los problemas de la economía y de la sociedad.

Este modelo de acumulación es el que tiene su fecha de inicio con la crisis del petróleo en 1973 y que, como formula Harvey, inicia lo que conocemos como período neoliberal e individualista de la vida social. La flexibilización del empleo y la rotación e innovación rápida de los productos, genera una dinámica del mercado que puede reproducirse desde el consumo prescindiendo de las capacidades y lógicas productivas.

Esto transforma toda una narrativa y dinámica de la vida social que conlleva a la realización de individuos que no siguen pautas de interacción común para la obtención de beneficios y bienestar, y optan por intereses individuales fomentados en el mérito y la realización personal. Definiremos en la argumentación precedente a este tipo de individualidad como *individuo contactless*, identificando en esta noción la formación de una cultura que vuelve extraño el contacto y suprime, en la ajenidad referida en el otro, cualquier perspectiva de la relación social. Este punto es crucial para comprender los efectos y emergentes propios de aquello que se define como nueva normalidad y es, en realidad, expresión de una experiencia histórica.

Los procesos de desinstitucionalización e individualización

Esta narrativa flexible de la vida social, en términos sociológicos debe explicarse aludiendo a los procesos de desinstitucionalización. François Dubet (2013) analiza esta cuestión refiriendo a que el programa institucional desde donde se desarrollaron las sociedades ha encontrado su límite y que, en perspectiva, debe reevaluarse lo que en el presente entendemos como “experiencia social”.

Para el autor, si nos concentramos en la perspectiva de Durkheim debe explicarse que lo que entró en crisis es un modelo de organización de lo social afianzado en la sacralización de lo colectivo. Efectivamente, el carácter sagrado de la integración fundada en lo coercitivo del lazo social no puede explicar las condiciones y expectativas de la vida común del tiempo presente. Entonces, ya no son las representaciones colectivas que instituían toda una gramática simbólica las que ordenan las acciones y tensiones de la vida social, y más correctamente los distintos

individuos se desentienden de la fantasía primaria del lazo que sustentaba la socialización.

Lo que revela esta cuestión es el descrédito institucional y la formación de una regla autoinstitutiva del sujeto, a la que con Ulrich Beck (2006) se puede denominar como "individualización". Para este último, la individualización no implica inmediatamente lo individual, sino que indica que las instituciones que primariamente regulaban las identidades fueron desplazadas respecto a su incidencia, y que en el presente los individuos deben regir sus propias biografías de manera permanente. Así el sujeto es exaltado hacia su autovaloración y se repone sobre sus espaldas el imperativo de la libertad bajo la nómima de la responsabilidad individual: "los individuos tienen un deseo tan imperioso de presentarse como dueños de su vida, que se ven también como autores de su biografía" (Dubet, 2013: 257). En este sentido, "las individualizaciones entregan a los hombres a una estandarización y administración ajena que los nichos de la subcultura familiar y estamental nunca conocieron" (Beck, 2006: 216).

La desinstitucionalización representa una clave de comprensión de las dinámicas y expectativas de la acción social en la cultura contemporánea. Porque ese repliegue de lo institucional socava las reglas de integración de los individuos que se resisten a fomentar intereses comunes. Se organiza una "sociedad individualizada" donde cada sujeto es centro de la acción:

En este sentido, individualización significa que la biografía personal queda al margen de pautas previas y queda abierta a situaciones en que cada cual ha de elegir cómo actuar (...) Individualización de las condiciones de vida significa, pues, que las biografías se hacen *autorreflejas*; lo que está dado socialmente se transforma en biografía producida por uno mismo y que continuará produciéndola (Ibíd: 220 -cursiva en original).

La vida cotidiana se conforma, de este modo, con una centralidad en la dimensión individual que reduce efectos sociales y simbólicos a meras consecuencias de decisiones individuales, constituyendo modelos reflexivos de vida que se inscriben en el mérito o la frustración de cada persona.

El individuo contactless es un efecto de estas referidas conversiones de la sociedad capitalista, en tanto esa individualización de la vida promueve una subjetividad que determina sus propias valoraciones sin pertinencia en algún juicio colectivo. De esta manera, la indignación, las frustraciones y los discursos de odio se fundan sobre las impotencias de individuos que creen que si no obtienen lo mismo que otros es por su propia ineficiencia y lo mismo vale para quienes suponen que sus beneficios son una virtud íntima.

Entonces, las formaciones sociales del tiempo presente son individualistas bajo esta caracterización: ninguna persona rige su conducta de acuerdo con valoraciones y pertenencias comunes y esto es lo propio de una era sin contacto y de la extinción de lo social. Una era con específica "semiosis social" en la que cada individuo puede producir su propio relato y ningún interés por el otro debe interceder ante la idea propia.

Se conforma, así, un sujeto global definido por una estandarización de conductas, que al tiempo que reducen la libertad a una repetición simultánea, también provocan que cada cual se sienta el que conoce o sabe algo de un modo diferente, y de aquí

también se desprende que las teorías científicas corroboradas se refuten en redes sociales y que ya ningún reconocimiento de algo como verdad pueda remitirse a su correspondencia con la realidad.

En estas condiciones, las sociedades individualistas promueven con validez universal el “derecho a ser uno mismo”, objetando, en esa formulación retórica, cualquier posibilidad de participar en una experiencia común que resuelva sobre un plexo de significaciones compartidas la relación social.

Profanación del lazo social y sacralización del poder financiero

En tanto la noción moderna de sociedad se forja en alianza conceptual con la figura teórica de los Estado-Nación, es posible afirmar que esa idea de sociedad nace en conjunto con la de democracia moderna. Y a partir de esto será posible argumentar que la crisis de la idea misma de sociedad específica, a la vez, un estado crítico de la dimensión institucional que es la democracia.

En este punto clave es posible formular una relación entre lo sagrado y lo profano retomando la concepción del lazo social, pues si este es una institución que funda la ley, su carácter sagrado se contrapone a la dimensión profana que en el presente propician las industrias culturales, la comunicación, los medios y las redes enalteciendo la opinión por sobre las reglas. Es decir, que, como señalábamos unos párrafos antes, actualmente leyes científicas corroboradas y verificadas hace muchos años puedan ser socialmente cuestionadas según opinión revela una caracterización de los procesos de desinstitucionalización y desanclaje de la vida social. De acuerdo con Dubet:

El desencantamiento de las instituciones es producto también del desarrollo de la cultura y la comunicación masivas, que generan representaciones e imágenes del mundo cuyo control y monopolio ya no están en manos de las instituciones. (...) La socialización para la *sociedad* escapa al monopolio de las instituciones y se desplaza hacia una escena dominada por la democracia de opinión y las industrias culturales (Dubet, 2013: 107 -cursiva en original).

De manera semejante alude a esta problemática Peter Sloterdijk cuando reflexiona que los Estados-Nación como precursores de la noción de sociedad se consolidaron sobre la tensión de organizar formaciones colectivas y soberanas, pero bajo componentes de tendencias individualistas. Así, el filósofo asegura que la modernidad es individualista si entendemos por ello formas de vida no orientadas al reconocimiento y valor colectivo, porque atribuye a cada ser particular una forma sui generis (Sloterdijk, 2019).

La crisis del lazo social o la crisis de las sociedades es vista en estas consideraciones como una crisis de los procesos simbólicos capaces de regular las tensiones individualistas. A la vez, esto es propiciado frecuentemente por intereses que exceden al conjunto de los seres que conviven en marcos comunes:

La función de los medios en una sociedad *multi-milieu* conformada por el estrés consiste en evocar y provocar al colectivo en tanto tal, presentando propuestas

nuevas cada día, a cada hora, para que este se excite, se indigne, se llene de envidia, se exalte: una multitud de posibilidades que apuntan al sentimentalismo, al miedo y a la indiscreción de sus miembros (Ibíd: 15 -cursiva en original).

Así, se horada la democracia y su fuerza institucional para procesar los conflictos sociales en distribuciones reguladas. El descreimiento de la democracia potencia la idea de que “la nación es un plebiscito diario, en el que sin embargo no se consulta sobre la constitución, sino sobre la prioridad de las preocupaciones” (Ibíd: 15).

Entonces, si la individualización conlleva la permisividad del sujeto para desinscribirse de las reglas de conducta social y someter su acción a la evaluación exclusivamente individual, la iniciativa mediática desde los medios de comunicación y desde las redes se convierte en efecto de anclaje de esas referencias individuales que ya no consideran las representaciones colectivas como fundantes y contenedoras.

Esto demuestra que la globalización financiera ha autonomizado al poder económico de la vida social y política de los Estados algo que se sintetiza en la frase de Zygmunt Bauman: “nos están globalizando a todos” (Bauman, 2017: 7) y con la que se pretende reflejar las consecuencias sociales que semejante proceso tiene en la determinación de las vidas de las personas que habitamos el planeta.

Lo que propone pensar el sociólogo es los factores extraterritoriales que dan su signo al espíritu de época global, donde el poder se escinde de sus relaciones materiales y una superproducción de signos móviles alteran y dinamizan las prácticas de los sujetos. Así, “el ‘espacio’ es ‘organizado’ por la capacidad de los factores técnicos, la velocidad de su acción y el coste de su uso” (Ibíd: 23-24). Esta sobreinformación de signos fomenta la “incorporeidad del poder sobre todo en su forma financiera” (Ibíd: 25), consagrándolo como un “poder sin territorio” y modificando, con esto, la simbolización jerárquica del universo de convivencia en las relaciones sociales. Es decir, lo sagrado deja de ser un estado común de integración colectiva como el lazo social y se desplaza hacia algo ajeno e irrepresentable como el poder financiero o el poder del mercado, que cumple ahora la función de subjetivación expuesta como mera libertad individual.

Pedagogías de sí y fin de lo social

El desarrollo, desplazamiento y concentración del capital financiero en los últimos cincuenta años, según se describió, tuvo como efecto la emergencia de otras formas de relación social que no se inscriben en el pretexto del lazo y de la alteridad para su práctica y su significación. La pérdida de la escena pública como espacio de inclusión de demandas colectivas reditúa en una acepción privada de los valores comunes, esto es, cada individuo considera su bienestar por fuera de cualquier instancia participativa y común con otros. Este individualismo que supone realizarse con prescindencia de los otros es lo novedoso del mundo contemporáneo.

Tal como se desarrolló anteriormente, la modernidad industrial se componía de un individualismo formado a partir de preocupaciones comunes, y el plexo de esa modernidad había sido la institucionalidad de esas valoraciones. Entonces, la educación, el trabajo, la solidaridad, la equidad, la democracia ordenaban una

estructura de valores que posibilitaba la regulación de las posiciones individuales en lógicas de cooperación.

Sin embargo, los mencionados procesos de desinstitucionalización y su consecuente individualización iniciaron una pedagogía del valor y el mérito propio: en la actualidad los individuos deben aprender a valorarse a sí mismos, a soltar en el amor, a desprenderse de lo que ya no otorga beneficio, a proponerse desafíos constantes para su crecimiento personal. Esa pedagogía individualizante es singular para una sociedad de consumo que reprocha y castiga la durabilidad mientras premia el cambio y el gasto permanente.

Bauman (2008) distinguió muy bien el consumismo del consumo: si el primero es un pacto social que supone la orientación de los individuos de acuerdo a esa práctica, por su parte el segundo responde a la decisión individual. En el análisis de esto se colige que la acción social se reduce al acto individual de participación en el consumismo bajo dos formas prevalecientes: consumir-ser consumido; y en esto se juega fundamentalmente la pedagogía del valor de sí de la era postmoderna.

Si bien las sociedades de consumo animan posiciones hedonistas que predominan en el universo de las prácticas sociales, no conviene confundirlas con estrategias de seducción más propicias del ámbito de la publicidad. Es cierto que la publicidad ha sido poderosa en la conformación del consumismo, pero las sociedades de consumo producen y promueven individualidades, las moldean y generan los artificios necesarios para la regulación de la vida y no son una simple forma de seducción.

El sociólogo y filósofo francés Gilles Lipovetsky (2017) reduce estas sociedades de carácter postmoderno a la seducción y en ese plano su aporte no parece capturar las condiciones fundamentales de la vida entre los flujos financieros de la globalización, donde la fluidez se anticipa a cualquier estrategia de seducción. Sin embargo, sí resuelve bien en su análisis que sin las pedagogías individualistas estas sociedades no tendrían medios de subsistencia. En su conceptualización de “sociedades narcisistas” refleja correctamente la emergencia de una autoconciencia que destituye a la conciencia pública y la virtud política, formándose una subjetividad sobre esa “nueva tecnología de control flexible y autogestionado, socializa desocializando, pone a los individuos de acuerdo con un sistema social pulverizado, mientras glorifica el reino de la expansión del Ego puro” (Ibíd: 55). En este aspecto, detalla el autor también correctamente la promoción de una política mediática que expone las incidencias de lo global y de sus flujos de capital ajenos a la cosa pública. Si la política ahora se debate en las redes sociales pareciera que el “capitalismo de seducción” (Lipovetsky, 2020) triunfa y cualquier representante debe vender mejor su producto.

En una primera aproximación esto es inobjetable y está a la vista, pero si se asume una breve distancia crítica respecto al efecto, lo que hallamos es la consumación de las pedagogías de sí: el ejercicio retórico de la política en el presente ya no asume la referencia a un pueblo o a un común, sino que se refiere a cada uno constituyendo una discursividad que debe registrar el efecto de que cada persona se sienta interpelada y aclamada en su propia razón y su sentimiento. Esta es la clave de

comprensión de la “insatisfacción democrática”¹: la pérdida del sentido social de la acción.

Esto explica la predisposición de la acción en marcos sociales donde la relación de sentido con los otros fue sofocada. El planteo del sociólogo francés Alain Touraine aporta claridad en este punto para la comprensión de lo que puede determinarse como un pasaje de la acción social, propia de sociedades con lazos de cooperación institucionalizados, a su idea de “acciones morales” que supone una práctica ya no orientada por el sentido hacia otros, sino por el fin previsto por cada sujeto con prescindencia de la alteridad.

Concretamente, en el presente no puede hablarse de actores sociales y sí de actores morales que se realizan por fuera de las instituciones y carecen de las formas efectivas de la socialización propias de la sociedad industrial. Son actores “identificados por *su relación consigo mismos* y su propia legitimidad” (Touraine, 2013: 117 -cursiva en original-). Las acciones morales ordenan la individualidad en su acto por fuera de una relación con los demás, pero, al tiempo, inscriben una conducta personal donde cualquier persona eleva su interés como universal y considera que el resto debiera actuar de igual manera². Touraine también introduce una categoría para ello:

Todas estas observaciones se reducen por la fórmula: el *fin de lo social*, que significa la separación entre el sistema económico sobre el cual nadie puede pretender un control real, y la vida cultural y política, que pone en juego los principios de libertad y de justicia más que las relaciones de fuerza (Ibíd: 117-118 -cursiva en original).

Una consecuencia de esto que fundamenta el sociólogo francés es la irrelevancia de los Estados para intervenir en los conflictos sociales, que incluso determina a una especie de confusión de poderes constitucionales, que acaban en muchas ocasiones con el poder judicial atribuyéndose facultades ejecutivas o legislativas. En semejantes condiciones:

La idea de un conflicto central propiamente social debe reemplazarse por la oposición más profunda entre el mundo económico, considerado en todos sus aspectos, y el de la subjetividad dominada cada vez más por la referencia directa al derecho de cada quien a ser reconocido en su exigencia de libertad y de responsabilidad. El sistema en el que las conductas de todos son juzgadas en relación con las necesidades funcionales de la sociedad desaparece. Esta imagen

¹ Con objeto de reflexionar en torno a cuestiones similares a las que aquí se explican, la actual Vicepresidenta de la Nación Argentina, Cristina Fernández de Kirchner, en el marco del recibimiento del título de Doctora Honoris Causa por la Universidad Nacional del Chaco Austral, dictó una Clase magistral donde propuso el concepto de “insatisfacción democrática”, indicando que los ciudadanos no se identifican con las valoraciones de las democracias institucionales porque éstas cedieron el espacio de su intervención al capital. Puede seguirse esa reflexión: <https://www.pagina12.com.ar/420107-discurso-completo-de-cristina-kirchner-estado-poder-y-so-cied>.

² Una incidencia de esta cuestión es las conductas de indignación que prevalecen en el presente. Los individuos indignados que revelan su exasperación en cualquier experiencia pública; o también personalidades políticas o mediáticas que promueven un marketing de la indignación.

interna del universo de las relaciones sociales es reemplazada por la oposición, e incluso el conflicto, entre el poder dominante de la economía y el reconocimiento de los derechos del sujeto humano (Ibíd: 118).

La idea del “fin de lo social”, entonces, se combina con lo que se argumentaba precedentemente acerca de los procesos de desinstitucionalización. La pérdida de eficacia de la sociedad y del Estado para intervenir en los conflictos públicos incide en una reducción de las expectativas sobre las capacidades de la democracia para promover procesos de igualdad, provocando ello, además, la consolidación del modelo individualista y de los actores morales como protagonistas de la experiencia social.

El individuo *contactless*

En el marco de las perspectivas aquí elaboradas como descripción de las transformaciones de la vida social en el capitalismo financiero, conviene ahora destacar la emergencia de un tipo de individuo particular que se inscribe en estas condiciones y prácticas sociales de desinstitucionalización e individualización. Me refiero a la categoría de *individuo contactless*, y que se define como un modelo de individuo que prescinde del contacto en las prácticas de las relaciones. Los efectos de la pandemia clarificaron esta condición, aunque remite a los mismos procesos precedentemente descriptos: en este tiempo las personas se contactan mediante redes, establecen enlaces virtuales, y en esa disposición prescinden del contacto o lo subliman. Asistimos a sociedades donde el vínculo se inmediateiza pero con reparo en afecciones y emociones indirectas y fuera de contacto. El *individuo contactless*, es, en definitiva, un individuo que nada tiene que lo relacione con el otro y que, a la vez, promueve una moral propia como figura universal. Se trata de un modelo de individualidad ligado enfáticamente a la autopercepción y una definición de sí reducida a lógicas de diseño que se proclaman como singulares, aunque se evidencian estandarizadas por el consumismo y la moralidad descritas anteriormente.

Reconsiderando lo antedicho con las formulaciones teóricas de Touraine, este presente aparece como la conformación de una “situación postsocial” que abre espacio a una doble transformación: por una parte, la propia de un capitalismo financiero, que destruye las instituciones sociales y que origina la figura de un sujeto emprendedor y fundado en sí mismo; y de otra parte, la idea de que no hay un modelo único de vida, lo que deriva en una crisis del fundamento occidental de la vida. Pero lo determinante es que esta doble transformación propia del capitalismo global, organiza un modelo de economía mundial despolitizado y desocializado (Touraine, 2016).

El capital financiero circula en un flujo permanente y nadie puede saber de qué se trata o en qué parte se encuentra. El “fin de las sociedades” es, entonces, la conclusión de una manera de articular las relaciones entre el cuerpo del individuo (fuerza de trabajo) y la producción (capital). El capital financiero, al contrario, muestra que puede prescindir de la fuerza de trabajo y en ese evidente sentido es un capital descorporeizado y su inmaterialidad se constituye en valor.

El sujeto creador y emprendedor se revela así como la anulación del vínculo que lo erigía en portador de una mercancía esencial para la lógica del capital en su etapa

industrial. Si la fuerza de trabajo como uso del cuerpo del trabajador restituía condiciones de formación de la vida social, un complejo sistema de sustituciones provino a partir de la alteración del modelo de acumulación y el pasaje de la producción rígida y a gran escala, a los flujos de la producción flexible de la etapa financiera del capital: ahora el individuo debe producir sus propias condiciones de trabajo, diseñar, crear, emprender su relación con un capital que le resulta además ajeno e ilocalizable, sin cuerpo, es decir, sin otro. Las llamadas “economías de plataforma” son un buen ejemplo de esta cuestión.

En síntesis, aquello que bien puede pensarse desde las premisas que aporta Touraine, es que la producción globalizada no condujo a ninguna formación de una sociedad mundial. Contrariamente, promovió individuos desprendidos de cualquier contacto con el otro, pero también con las modalidades vitales que reaseguraban un proceso conjunto de subjetivación: instituciones, capital, saberes comunes, o en otros términos, ética, economía, vida política.

Vida, extinción y *modelo bitcoin*

Las denominadas “sociedades del riesgo” son las que producen las dinámicas de interacción y las regimentaciones normativas desde principios de incertidumbre e indeterminación. Ulrich Beck aseguró que en estas formaciones sociales se traspasa de un control de la desigualdad (algo específico de la sociedad de clases) a la inscripción de la “sociedad insegura” (Beck, 2006) y que entonces demanda ya no políticas de igualdad, sino de seguridad.

Esta transformación del régimen normativo, y cuya incidencia en los procesos de subjetivación ya se señalaron, debe empezar a interpretarse en este tiempo, atendiendo a una concentración del capital que imposibilita cualquier valoración ciudadana de la democracia en términos de igualdad, como la formación de un modelo extractivista de la vida. Es decir, la dinámica de los flujos financieros demanda una extracción fenomenal de recursos naturales, y se suma entre estos los de las propias vidas humanas, y es ello un factor preponderante de la organización de las sociedades individualizadas.

La desregulación de la vida social, por las mismas condiciones del proceso de individualización, conlleva a una desnormativización de la vida humana. Esto expone una conversión biopolítica fundamental gestando un universo de significación en el cual cada sujeto decide sobre la mejor alimentación para una vida saludable, los mejores remedios naturales contra enfermedades graves o terminales, la vacunación contra distintas enfermedades, etc. La vida desplazada de las tramas sociales que la contenían se convierte, de ese modo, en un ejercicio de su propia extinción.

Puede comprenderse esto último en el contexto de lo que Franco “Bifo” Berardi define como una “mutación de la sensibilidad” (2018), esto es: el desarrollo tecnológico conjuntamente con la sobreinformación disponible y los efectos de todo ello en las capacidades cognitivas, producen alteraciones determinantes en la comprensión humana de los signos, reorganizando las relaciones de los individuos con los gustos, las experiencias afectivas, el erotismo, etc. Una transformación tecnocultural induce

nuevas imágenes y sensaciones que los organismos vivos deben procesar de maneras diferentes y cada vez más veloces.

Se conforma lo que Berardi llama un *umbral* que expresa la emergencia de un “nuevo organismo” y una “nueva organización” (Berardi, 2022). El filósofo presenta el año 2020, que inició la pandemia, como la disolución de la historia humana, en el sentido de que las significaciones que ordenaban el mundo evidenciaron en ese momento que hacía tiempo ya no fundaban simbolización alguna en las vidas humanas, pero además se clarificó que esas vidas habían hace tiempo ingresado en un “reordenamiento tecnodigital de la vida social”. La globalización muestra, en estas circunstancias, la estela de su propia disolución, porque se afirma sobre la extracción de las sensibilidades y recursos vitales de la vida, cuyo horizonte final es la extinción.

Volviendo a la concepción de las sociedades del riesgo, tanto en las formulaciones propuestas por Beck (2006) o por Giddens (2008), la dimensión de riesgo estaba regulada o “asegurada”, es decir, la incertidumbre formaba la experiencia normativa de la vida social, aunque la catástrofe esperada (climática, ecológica, financiera, bélica, etc.) permanecía en la inminencia de un horizonte lejano, al punto que: “el apocalipsis se ha convertido en algo trivial, tan familiar que es como un contrafáctico de la vida cotidiana. Y, sin embargo, como todos los parámetros de riesgo, puede hacerse realidad” (Giddens, 2008: 161). En ese aspecto, la declamación del “fin de la historia” provenía de una orientación ideológica tendiente a justificar un capitalismo universal.

En la actualidad, ese “contrafáctico de la vida cotidiana” trascendió el umbral de significación y está presente en su carácter indefectible. La extinción no señala que pronto el planeta y la vida perecerá, sino que la mutación ha sido de una eficacia tal que aquello que hasta aquí se denominó vida carece de perspectiva y significación. Se introduce, de este modo, una forma de “extinción de lo social” que se efectúa en la captación indeterminada de toda una fluctuación de signos no procesables para la cognición humana y que altera, por esto, sus sensibilidades

El modelo global financiero penetra en las subjetividades, no para apropiárselas, sino para utilizarlas como recurso. La vida (y ni siquiera algo que empecinadamente llamamos lo social) se aparece ahora fundada y significada dentro de lo que definiré como “modelo bitcoin”: esa financierización de la vida, deudora de la desinstitucionalización, tiene efectos directos en los pensamientos y actividades de las personas, las cuales deben afrontar en tiempo real la producción de su vida, lo que significa, sin proyecto, sin horizonte y sujeto a lo que aquí y ahora se vive. Este modelo de producción de lo social constituye el centro fundamental de la economía globalizada.

En todos los países las posiciones políticas de derecha crecen y se afirman en gobiernos, precisamente, porque se apropian de esta producción de la vida postmoderna y la hacen efectiva como lazo. Las derechas destacan como un valor el vivir el presente y de ahí que cada individuo deba producir sus propias condiciones para hacer de ese presente un goce siempre renovado. Las *bitcoins*, las *apps* que ofrecen sexo, amor, entretenimiento, vida saludable y “todo lo que necesitamos”, fundan otra percepción de la temporalidad, donde ya no se trata de lo porvenir sino de la satisfacción inmediata.

El “modelo bitcoin” es el que propone el capital financiero para la vida: en cinco minutos es posible hacerse millonario y en un minuto dejar de serlo. Todo a la vez.

Este es el camino hacia la extinción: la promoción de formas de vida extractivas en las que cada individualidad se autoproduce y autopromociona y sin ningún registro de la relación social. En este modelo es que el capital global está posibilitado de prescindir de la fuerza de trabajo para su reproducción, porque el sujeto da sin que se lo pidan u obliguen, y entonces lo que cesa con la caída del modelo institucional de la sociedad es el intercambio como relación social.

Conclusiones

Se propuso en el desarrollo argumentativo de este artículo la reflexión sobre algunos emergentes de un mundo en transformación, explorándolos en su devenir histórico para clarificar que lo que ahora se presenta con su evidencia fenomenal está inscripto en un proceso histórico de conversión del modelo de acumulación del capital y, principalmente, en su acentuación con el modelo global.

En la globalización se forjó el desprendimiento de los poderes políticos respecto a los económicos-globales, lo cual invalida los esfuerzos gubernamentales para definir políticas económicas y sociales que redunden con eficacia en las poblaciones. Al mismo tiempo, los individuos no inscriben sus relaciones y acciones como tendientes a los efectos producidos en una trama social amplia y, contrariamente, autorregulan sus motivaciones prevaleciendo los intereses y motivaciones personales y ya no las reglas de reconocimiento social. Esto es clave para la comprensión de lo que con Touraine (2013) se define como “situación postsocial” donde las morales individuales fundan premisas de acción que se asumen como universales.

Esto último acredita la formación en el presente de un individualismo *contactless*, que prescinde de cualquier instancia valorativa del otro para dar curso a su actividad; el *individuo contactless*, de todos modos, no es egoísta, porque no se define por una característica moral a nivel relacional, es simplemente el desarrollo de una sensibilidad y una cognición que relega el contacto indeterminadamente.

La clave para esta interpretación de la vida en el presente está en los procesos de desinstitucionalización que dominan el período abierto con la conversión del modelo de acumulación de capital que origina el sistema y el orden financiero y cuya consecuencia es la “insatisfacción democrática”. Efectivamente, el descrédito de las instituciones que formaron las reglas de asociación para la integración social en el período industrial tiene efectos consistentes y concretos en lo que en nuestra argumentación revelamos como una “mutación de la sensibilidad”.

Si es correcta la sentencia de Bauman acerca de que “nos están globalizando a todos”, deberíamos entender por ella toda una conversión biopolítica que hace de la vida un recurso más a disposición del capital. Habiendo desaparecido la relación de intercambio que regulaba el trabajo, incluso la explotación de la fuerza de trabajo es tarea del sujeto explotado. En este contexto, el extractivismo de recursos naturales y vitales conduce desde la incertidumbre de los riesgos a las certezas de la extinción.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2017). *La globalización*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). *Cultura de consumo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo*. Barcelona, Paidós.
- Berardi, F. (2022). *El tercer inconsciente*. Buenos Aires, Caja negra.
- Berardi, F. (2018). *Fenomenología del fin*. Buenos Aires, Caja negra.
- Dubet, F. (2013). *El trabajo de las sociedades*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Giddens, A. (2008). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza.
- Giddens, A. (2006). *La transformación de la intimidad*. Madrid, Cátedra.
- Harvey, D. (2008). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Lipovetsky, G. (2020). *Gustar y emocionar*. Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2017). *La era del vacío*. México, Anagrama.
- Maffesoli, M. (2005). *El instante eterno*. Buenos Aires, Paidós.
- Piketty, Th. (2015). *La economía de las desigualdades*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sloterdijk, P. (2019). *Estrés y libertad*. Buenos Aires, Godot.
- Touraine, A. (2016). *El fin de las sociedades*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (2013). *Después de la crisis*. México, Fondo de Cultura Económica.